

# Crepúsculos imperiales: alboradas nacionales



Claudio Véliz

El historial moderno de las relaciones entre naciones soberanas no tiene período más complejo, difícil e interesante que el nuestro. De lo mucho que podría escribirse acerca de la importancia de esta situación sin precedentes, seguramente lo más señero es que la doctrina política dominante en nuestro momento histórico es el nacionalismo, y no una u otra versión de los socialismos, comunismos, liberalismos, fascismos, estatismos, populismos, capitalismo o terrorismos islámicos. Cuando en las postrimerías del siglo XVIII, Jeremy Bentham inventó el vocablo «internacional»<sup>1</sup>,

el horizonte político del mundo estaba completamente ocupado por dinastías imperiales y unas pocas ciudades y regiones más o menos independientes y de importancia marginal, que no alcanzaban a bordear la media docena que participó, sin voz ni voto, en el Congreso de Viena en 1814–15<sup>2</sup>. Cien años más

---

Octubre 1978; Hedley Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, Londres, 1977, pp. 35–36.

<sup>2</sup> Los veinticuatro Estados de la Unión Europea propuestos en 1712 por el abate Saint-Pierre eran Francia, España, Inglaterra, Holanda, Saboya, Portugal, Baviera, Venecia, Génova, Florencia, Suiza, Lorena, Suecia, Dinamarca, Polonia, los estados papales, Moscovia, Austria, Curlandia, Prusia, Sajonia, Condado Palatino, Hannover, y los electores eclesiásticos. Diez de estos eran imperios dinásticos o posesiones imperiales; doce no sobrevivieron y solo tres de los restantes alcanzaron eventualmente la categoría de Estado nacional soberano, Abbé Charles-Irénéé Castel de Saint-Pierre, *Projet pour rendre la paix perpétuelle en Europe*, Utrecht, 1713; la versión inglesa apareció en 1714. En el Congreso de

---

<sup>1</sup> Jeremy Bentham –*Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, Eds. J.H. Burns y H.L.A. Hart, Oxford, 1996, pp. 295–296–, diferenció la «ley de las naciones» de la «ley entre las naciones» estimando que la primera era ambigua, pues se podía aplicar tanto a personas residentes en el mismo Estado-nación como a residentes en Estados diferentes. Hidemi Suganami, «A Note on the Origin of the Word «International»», *British Journal of International Studies*, vol.4. No 3.

adelante, en 1920, ya eran cuarenta y dos los Estados soberanos que fundaron la Liga de las Naciones, y hoy día, además de algunos pueblos esperanzados en lograr independencia y reconocimiento, estos alcanzan la impresionante cifra de ciento noventa y tres miembros de las Naciones Unidas, sucesora de la Liga después de 1945<sup>3</sup>.

Resulta injustificable e imprudente desestimar el dinamismo político de esta progresión que vitorea el arribo a la palestra internacional de ciento noventa y tres naciones inmensamente bien enteradas de los caracteres definitorios de su independencia, soberanía e identidad, y cuyos ciudadanos están dispuestos a empuñar las armas para defender derechos a bandera, territorio e himno patrio, así como robustas aspiraciones a justificar aportes financieros de las Naciones Unidas y, por lo menos, un equipo de fútbol o *water-polo*, o un golfista o tenista con posibilidades de figuración en torneos foráneos.

---

Viena de 1815 participaron alrededor de doscientas delegaciones, pero los signatarios fueron solamente Austria, Gran Bretaña, Prusia, Rusia, Francia, Suecia y Portugal. España se negó a firmar en 1815, pero lo hizo dos años más tarde.

<sup>3</sup> No cabe duda que en estos momentos hay muchos catalanes, kurdos, escoceses y vascos trabajando afanosamente por lograr su independencia e ingresar a las Naciones Unidas.

Esta notable circunstancia de nuestra modernidad aparece reforzada, por primera vez en la historia, con el surgimiento tanto en Europa Occidental como en el mundo de habla inglesa, en el cono sur de América Latina y en las principales naciones del sureste de Asia, de una clase trabajadora relativamente próspera, distante apenas por una o dos generaciones de abuelos y bisabuelos, cuyas vidas estuvieron circunscritas por la pobreza y el analfabetismo. El evidente mejoramiento económico de este vasto estrato social es el poderoso motor del auge del consumo personal, que desde luego incluye la adquisición de aparatos electrónicos favorecidos masivamente hoy día por sectores de la población habituados a comunicarse mediante recadillos minúsculos, cuya puerilidad no pocas veces refleja las alarmantes inquietudes intelectuales e impacencias sociales compartidas por sus usuarios.

Estas nuevas modalidades comunicacionales se han prestado admirablemente para difundir las brevísimas consignas de los nacionalismos emergentes, cuyo privilegio pragmático es de no requerir sesudos estudios, lecturas o disciplinas rituales para reclutar y retener el apoyo de sus partidarios. El nacionalismo es el único de los idearios políticos principales de nuestro tiempo que no tiene ni

necesita textos y ritos didácticos<sup>4</sup>. El internacionalismo comunista, por ejemplo, se nutre de las obras de Marx y Lenin; el liberalismo económico y político, de las de Adam Smith, John Stuart Mill y Friedrich Hayek; el anarquismo, de los escritos de Proudhon y Kropotkin, y la democracia cristiana, de las obras de Jacques Maritain. No así los ciento noventa y tres credos nacionalistas del momento, que solo requieren sentimientos de afecto y lealtad a un suelo patrio determinado para confirmar una afiliación inmediata a tal vientre materno, tal lengua primeriza, tales costumbres, leyendas y tradiciones castizas, tal experiencia religiosa familiar y tal reconocimiento y obe-

diancia a tal estructura estatal. Esta claridad de antecedentes y extraordinaria facilidad de ingreso, está abundantemente compensada por la naturaleza porfiadamente fragmentada de los nacionalismos que, contrastando con el multiculturalismo característico de los imperios, imposibilita que trasciendan fronteras o reclamen aplicaciones globales similares a las doctrinas políticas formativas de nuestra civilización occidental. Aparte del parentesco semántico, nada hay en común entre los nacionalismos paraguayos, indonesios, catalanes y canadienses o, para mayor abundamiento, entre los liderazgos enfáticamente nacionalistas de los presidentes Putin, Trump, Macron y Duterte, que no esté sólidamente enraizado en los respectivos terruños, lenguajes, religiones, costumbres, historia e instituciones políticas, y, por consiguiente –excluyendo conquistas militares–, estos se vuelven absolutamente intransferibles.

Estas calificaciones definitivas, necesariamente basadas en un territorio y un origen específicos, evocan el espíritu de las funciones y sentimientos que Ferdinand Tönnies atribuyó a la venerable categoría social *Gemeinschaft* –o comunidad tradicional– a la que se ingresa por nacimiento y de la cual es virtualmente imposible renunciar, contrastándola con *Gesellschaft* –o asociación–, cuyas afiliaciones son consecuencia tanto

<sup>4</sup> Es innecesario entrar a definir las diferencias entre nacionalidad y nacionalismo. Para los propósitos de esta explicación, basta atenerse al sentido común de lectores muy enterados acerca del significado de estos términos. Algo parecido rige acerca del uso del vocablo «nación», que en este texto se refiere al Estado-nación moderno, principal beneficiario y custodio del concepto de soberanía westfaliana que, aún cuando se originó en 1648, en la Paz de Westfalia, solo fructificó durante los siglos XIX y XX, y no a las naciones valona, sorba, vasca, parsi, catalana, o a las de Shakespeare, en el Enrique V. Acerca de este tema, Greenfeld y Gellner han hecho contribuciones importantes; Liah Greenfeld, *Nationalism and the Mind*, cap. 4, «Nationalism and Modernity», Oxford, 2006, pp. 64–92; Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Oxford, 1983.

de la movilidad de los factores de producción impuesta por la Revolución Industrial, como de cálculos y decisiones racionales que, según dictan las circunstancias, pueden ser modificados o anulados sin mayor dificultad<sup>5</sup>. La estrecha sociabilidad de las comunidades *Gemeinschaft* se mantuvo prácticamente inalterable durante milenios, pero desde el advenimiento de la modernidad industrial en adelante se ha visto atenuada o eliminada, dejando un vacío de apoyo e identificación social y cultural que una multitud de asociaciones *Gesellschaft*, incluyendo clubes sociales y deportivos, gremios artesanales, conjuntos corales, partidos políticos y otras iniciativas similares, han aspirado a llenar pero que, afectando solo par-

cialmente la personalidad humana y el ámbito social, no han podido reemplazar satisfactoriamente el vigoroso e inclusivo abrazo formativo de las ausentes comunidades *Gemeinschaft*.

Un proceso comparable modificó la injerencia meticulosa y absoluta en las costumbres, la vida y la muerte de los fieles que la iglesia universal ejerció durante su predominio milenario, convinentemente ejemplarizada por la existencia atormentada, solitaria y ensombrecida por el terror a la eternidad reservada para los excomulgados. El poder y la autoridad moral sobre la que descansaba esta sanción se atenuaron y dispersaron irreversiblemente a partir de Lutero y Calvino, con la multiplicación de las denominaciones cristianas heredadas del catolicismo reformado y los embates de la modernidad secular, y aquel poder y aquella autoridad residen ahora en las naciones<sup>6</sup>. Así como la antigüedad

<sup>5</sup> Robert A. Nisbet, *The Social Bond, An Introduction to the Study of Society*, New York, 1970, pp. 105–107. Ferdinand Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft*, Leipzig, 1887; 8a edición Leipzig, 1935. En nuestra modernidad es perfectamente posible documentar cambios de afiliación religiosa, parentesco, idioma natal y lugar de origen, pero la abrumadora realidad enraizada en la comunidad *Gemeinschaft* no desaparece nunca. No está demás notar que el vocablo «nación» deriva su significado del Latín «nacer», *natus*, *nasci* y del Latín arcaico, *gnasci*. Muy diferente es lo que ocurre, por ejemplo, incluso con la más profunda devoción por un equipo de fútbol o un partido político, basada en consideraciones racionales asociativas, *Gesellschaft*, que pueden deshacerse con una sencilla renuncia.

<sup>6</sup> Por ahí deambula una no muy recién-dita ironía en el destino de una tradición milenaria que, habiendo incorporado el ostracismo pagano al arsenal punitivo de la cristiandad para crear la excomunión, llega a nuestros tiempos tan deshinchada que no llama mucho la atención que los cristianos –y hubo muchos que no lo eran– que contribuyeron a idear, organizar y realizar obras cinematográficas como *Jesus Christ Super Star* o *Life of Brian*, no hayan sido excomulgados. Más decidor aún es que la imposición de tal escarmiento

cristiana excluyó al excomulgado de toda posibilidad de vivir normalmente en la comunidad, nuestra modernidad no tiene espacio para el apátrida que, al no ser reconocido por nación alguna dispuesta a emitir la documentación necesaria, no puede cruzar fronteras, obtener empleo, percibir salario, adquirir bienes, matricularse en escuelas o universidades, ingresar al Ejército, contraer matrimonio o, la última ironía, no puede perecer legalmente sin el correspondiente certificado de defunción<sup>7</sup>. El excomulgado de la antigüedad ha sido reemplazado por el exdocumentado de la modernidad. No significa esto que la nación sea la religión de nuestro tiempo, porque obviamente no lo es, sino que hay buenas razones para considerarla como la más eficaz aspirante a llenar el vacío que dejaron las desaparecidas comunidades *Gemeinschaft*<sup>8</sup>. Durante más de dos

siglos las naciones modernas han tenido el poder y la autoridad para movilizar los recursos financieros, seculares y legales requeridos por la organización y administración de la multiplicidad orgiástica de consejeros, técnicos, asesores, interventores y proveedores de servicios morales, médicos y psicológicos, que la burocracia estatal estime imprescindibles para asegurar el bienestar y, a veces, hasta la felicidad, de la ciudadanía, entre las varias funciones que tradicionalmente fueron antes responsabilidad individual, o de la familia, las amistades, la iglesia, o los vecinos del villorrio<sup>9</sup>.

---

1975; ver también, Nisbet, *Social Bond*, cap. 5, «Social Aggregates», esp. pp. 104–105. en 1870 CO entre 1983 y 2001. . X

<sup>9</sup> Al acecho de oportunidades para fomentar la armonía y la felicidad en los asuntos internacionales, incluso entrometiéndose, quizás con renuencia, en la conducción doméstica de gobiernos soberanos, la Organización de las Naciones Unidas proclamó el veinte de marzo del 2012, Día Internacional de la Felicidad, obteniendo la creación de Ministerios de la Felicidad en los Emiratos Árabes Unidos, el Reino de Bután, el Estado de Madhya Pradesh, en la India, y, como era de esperar, representando a nuestra América en este feliz sarao, Venezuela, que el veinticuatro de octubre del 2013 anunció la creación del Viceministerio Para la Suprema Felicidad y el nombramiento del compañero Rafael Ríos como Viceministro de la Suprema Felicidad quien, acongojado por la resistencia de sus compatriotas a ser felices según instrucciones gu-

---

causaría hilaridad general y sería considerado como un provechoso aporte publicitario por Monty Python y Lord Lloyd-Webber.

<sup>7</sup> Un pintoresco resultado de estas circunstancias es un pasaporte mundial emitido por una organización privada dedicada a esta causa, que se puede adquirir por US\$ 45, pero que solo tiene remotas posibilidades de lograr reconocimiento oficial de alguna nación que se tome en serio.

<sup>8</sup> Aspectos de este tema son examinados por Harold R. Isaacs en «Nationality: End of the Road?», *Foreign Affairs*, Abril, 1975, pp. 432–449; también en su *Idols of the Tribe: Group Identity and Political Change*, Nueva York,

Los movimientos nacionales de emancipación contaron además con el formidable apoyo del romanticismo cuyos cultores y sucesores, en todas las artes, jalonaron con maestría la justificación, y frecuentemente, la glorificación, de sus triunfos y aspiraciones. Considerando esta dimensión del proceso es imposible minimizar la popularidad e influencia imprevista que han tenido los poemas de William Blake o las novelas de Sir Walter Scott, o la inspiración ofrecida por el trágico filhelenismo de Byron y Shelley, así como aquella derivada de las mazurkas y polonesas de Chopin, o el apoyo crucial que brindaron Auber al nacionalismo belga con el famoso dúo «Amour sacré de la patrie» en su ópera *La muette de Portici*; Rossini a la emancipación suiza con su *Guillermo Tell*; Verdi (además del acrónimo revolucionario Vittorio Emanuele re d'Italia), al *risorgimento*, con el inmortal «Va pensiero», en *Nabucco*, y el Hans Sachs de Wagner, concluyendo *Die Meistersinger von Nürnberg* con estas líneas que han alentado el patriotismo de sus compatriotas por generaciones;

Das heil'ge röm'sche Reich  
(*The fame of ancient Rome*)

---

bernammentales, renunció cuatro meses después, siendo reemplazado por la compañera Gladys Requena, cuyas directivas –según se rumorea– están siendo extraordinariamente exitosas.

*Uns bliebe gleich*  
(*We have at home*)  
*Die heil'ge deutsche Kunst!*  
(*Our sacred German art!*)

Tanto como Smetana inspiró a los oriundos de Bohemia y Moravia con su evocativa *Má vlast*; Sibelius a sus compatriotas con su maravillosamente finlandesa segunda sinfonía, y Elgar, a los suyos, con *Land of Hope and Glory*. La tentación de prolongar enumeraciones como esta debe ser resistida y para abreviarla, nada mejor que citar lo que sobre esta materia expresó Sir Walter Scott:

*Breathes there the man, with soul  
so dead,  
Who never to himself hath said,  
This is my own, my native land!*<sup>10</sup>

Aun cuando prácticamente sumergidos bajo la ola de sentimientos nacionales alentados por el huracán del romanticismo, con la excepción de Moses Hess y Lord Acton<sup>11</sup>, ninguno de los eminentes

---

<sup>10</sup> Sir Walter Scott, *The Lay of the Last Minstrel*, Canto sixth, Londres, 1805.

<sup>11</sup> Hess en su obra, *Rom und Jerusalem, die Letzte Nationalitätsfrage*, Leipzig, 1862, citada por Isaiah Berlin, *Against the Current. Essays in the History of Ideas*, London, 1980, pp. 337; ver también Isaiah Berlin, «The Bent Twig: A note on Nationalism», *Foreign Affairs*, 51, 1972, pp. 11–30. Lord Acton, *Essays in the Liberal Interpretation of History*, Ed. William McNeill, The University of Chicago

progenitores de la sociología, la historia de las ideas, la antropología social, la economía y la historia cultural y política de nuestra civilización occidental, sospeché que lo que se avecinaba en el siglo XX era la proliferación y predominio de los nuevos Estados soberanos<sup>12</sup>. La aparente ceguera de lo que polacos y rusos decimonónicos generosamente denominaron la *intelligentsia* de esta o aquella nación y a la que pertenecieron los creadores de las disciplinas que hoy día ordenan el estudio de las relaciones entre las naciones ha sido realmente interesante, puesto que fueron miembros de esta misma *intelligentsia* los que tuvieron el coraje, o la necedad, de pronosticar que hacia el 2000

estaríamos todos comunicándonos en esperanto, o gozando de prosperidad y armonía durante la paz perpetua garantizada por un hermanable gobierno mundial, levantado sobre las ruinas de las naciones soberanas de la época. Es cierto que hubo ruinas en el siglo XX, pero no de las naciones, sino de los imperios demolidos por el ariete de las emancipaciones nacionales.

Las complejidades de rigor rigen sobre toda posible explicación del por qué entonces, dos siglos atrás, así como en nuestro tiempo, la opinión ilustrada se ha mostrado reacia a otorgar suficiente importancia a los movimientos nacionales que tan significativamente han alterado la circunstancia política mundial.

Un factor que parece haber recibido menos atención de la que merece fue percibido medio siglo atrás por nuestro distinguido colega, Profesor Osvaldo Sunkel, en uno de los primeros seminarios organizados por el recién creado Instituto de Estudios Internacionales. Sunkel perceptivamente observó que los académicos, pensadores y letrados que nos honraban con su generosa y enriquecedora participación, cualquiera sea su lugar de origen, tenían más en común los unos con los otros, sentados alrededor de aquella venerable mesa en nuestra sede originaria de la calle Miguel Claro 509, que cada uno de ellos con su respectivo terruño. Desde luego, todos tenían más de un idioma y,

---

Press, 1967, cap. V, «Nationality», pp. 131-159; publicado originalmente en el *Home and Foreign Review*, julio, 1862.

<sup>12</sup> Aquella *intelligentsia* pionera incluía pensadores como Malthus, Kant, Carlyle, Macaulay, Ricardo, Comte, Spencer, Marx, Burckhardt, Durkheim, Weber y, por supuesto, Dilthey, quien hizo un ramillete con todas las nuevas disciplinas, incluyendo además los venerables estudios humanísticos para crear la disciplina que denominó *Geisteswissenschaften*, arguyendo que esta ofrecía la ruta más plausible para empezar a comprender – *verstehen* – la naturaleza de la conducta humana social y política y, por consiguiente, para ordenar los estudios de las relaciones entre las naciones que, seguramente, siguen teniendo fascinados a mis colegas y sus estudiantes en nuestro Instituto.

tal como es el caso con los actuales académicos y alumnos de nuestro Instituto, podían entenderse usando la *lingua franca* de la modernidad, leían las mismas revistas y periódicos de cobertura internacional, estaban familiarizados con los mismos libros, obras teatrales, museos, óperas, películas, orquestas sinfónicas, hoteles, restaurantes y aeropuertos de las principales urbes. Más aún, casi sin excepción poseían experiencias docentes en algunas de las principales universidades del mundo. Es perfectamente comprensible que conjuntamente, sus conocimientos, credenciales académicas, responsabilidades corporativas y experiencia en los asuntos públicos, hayan otorgado a esta *intelligentsia* un sesgo cosmopolita atractivo y razonable, que a través de los años y especialmente durante las décadas transcurridas desde la fundación de nuestro Instituto, ha generado una especie de amable deformación profesional internacionalista<sup>13</sup>.

Ocurre que vivimos en un momento excepcionalmente interesante, dominado por el crepúsculo de los imperios y la alborada de las naciones, fenómenos que han engendrado una gran cantidad de

conflictos, algunos más sangui-narios, bárbaros y duraderos que otros. La desintegración del imperio francés en Argelia e Indochina, tuvo lugar luego de prolongadas guerras que dejaron un reguero de cadáveres e inválidos<sup>14</sup>; el fin de la presencia holandesa en Indonesia, una cruenta guerra que entre 1945 y 1949 costó alrededor de un cuarto de millón de víctimas<sup>15</sup>; el comienzo

<sup>14</sup> En 1946, la Cuarta República francesa abolió la denominación «colonias» de su imperio de ultramar, transformándolas en Departamentos de la nueva *Union Française* y aceptando a los argelinos como ciudadanos franceses—harkis—y muchos miles se enrolaron como voluntarios para luchar contra el movimiento independentista. Triunfantes los rebeldes, Francia organizó la evacuación masiva de los ex colonos y de los militares franceses, dejando atrás a los harkis, veinticinco mil de los cuales fueron linchados luego de ser mutilados bárbaramente. Alistair Horne, *A Savage War of Peace. Algeria 1954–1962*, «The Massacre of the Harkis: Overall War Casualties», Nueva York, 2006, pp. 537–540.

<sup>15</sup> Durante los desórdenes de 1945–1946, denominado *bersiaptijd* por los holandeses, que precedieron al levantamiento independentista, ya hubo alrededor de treinta mil muertos, incluyendo indonesios, chinos, holandeses y británicos. En una sola batalla, la de Surabaya (noviembre de 1945), lucharon ciento veinte mil revolucionarios indonesios contra veinte mil tropas británicas y holandesas. Los europeos sufrieron cerca de seiscientas bajas y los indonesios seis mil trescientas.

<sup>13</sup> Esta relación es desarrollada bajo la originalísima terminología de *Anywheres*, para la élite cosmopolita, y *Somewheres*, para el resto del peatonaje, por David Goodhart, en *The Populist Revolt and the Future of Politics*, Londres, 2017.

del derrumbe del imperio británico, un legado de mucho más de una millonada de muertos en la partición del subcontinente y la creación de la India, Pakistán, Ceilán, Birmania y Bangladesh<sup>16</sup>; la derrota y disolución del imperio austro-húngaro, guerras civiles y matanzas en el vecindario de Serbia, Croacia y Bosnia-Herzegovina<sup>17</sup>; la desintegración del Imperio Otomano, una ininterrumpida y catastrófica secuela de atrocidades, persecuciones religiosas, terrorismo y emigraciones masivas que continúan ensombreciendo el ámbito mundial. No es difícil alargar listados como este, incluso sin entrar en los detalles de las horrendas mutilaciones, crucifixiones y decapitaciones, que confirman la barbarie latente que quizás resida a flor de piel en la especie humana.

Lo que importa en el contexto de esta explicación es apreciar que la *intelligentsia* sigue deambulando por la senda abierta siglos atrás por Saint-Pierre, Rousseau, Bentham y

Kant quienes, acercándose a problemas similares, optaron por aplicar la lógica de hierro que garantiza la ausencia de conflictos cuando no hay adversarios y basaron sus planes para la abolición de la guerra en la subordinación de todos los posibles estados beligerantes bajo federaciones o uniones supranacionales. En un ensayo publicado en 1712 el abate Saint-Pierre (1658-1743)<sup>18</sup> propuso la formación de una unión europea para la mantención de la paz y la seguridad que, entre otras menos onerosas tareas, reduciría obligatoriamente las fuerzas armadas de sus afiliados a seis mil hombres, y no permitiría que las monarquías participantes tuvieran más de un Estado cada una<sup>19</sup>. Cincuenta años más tarde, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) se interesó por el mismo tema y concluyó que el problema se podía resolver formando una federación europea de filiación obligatoria, cuyos miembros estarían obligados a solucionar sus disputas por arbitraje, cuyas violaciones atraerían la intervención militar de los otros estados federados y de la cual estaría absolutamente prohi-

<sup>16</sup> Es prácticamente imposible determinar con exactitud el número de muertes causadas por la partición, pero de acuerdo con los meticulosos estudios de Andrew Roberts, seguramente superaron el millón, *Eminent Churchillians*, London, 1995, pp. 130-132.

<sup>17</sup> La desintegración de Yugoslavia tuvo como consecuencia una cruenta guerra que afectó principalmente a Bosnia-Herzegovina, Serbia y Croacia, y en la que hubo alrededor de doscientas mil víctimas.

<sup>18</sup> *Paix Perpetuelle* apareció primero en 1712, seguido por una edición aumentada en 1713 y una traducción al inglés titulada *A Project for Settling an Everlasting Peace in Europe*, Londres, 1714.

<sup>19</sup> Saint-Pierre, *Paix Perpetuelle*, 1713.

bido retirarse<sup>20</sup>. Jeremy Bentham (1748–1832) puso su pragmatismo utilitario en apuros cuando sugirió que para abolir la guerra era necesario que los imperios se deshicieran voluntariamente de todas sus colonias y redujeran al mínimo sus fuerzas armadas<sup>21</sup>. El eminente sabio de Königsberg, Immanuel Kant (1724–1804), también se acercó al problema de lograr la paz perpetua mediante la subordinación de los Estados soberanos bajo una federación de Estados respetuosa de la justicia internacional, con el poder necesario para decretar la abolición de los ejércitos y la prohibición de interferir en el gobierno de otros Estados, dejando así abierta la senda por la cual, según él, los dictados naturales de la conducta humana llevarían inevitablemente a la solución cosmopolita del problema con la creación de la ciudadanía del mundo<sup>22</sup>. El aspecto del problema que entonces eludió la atención de todos estos letrados y sigue hoy día empeorando las cosas es, por supuesto, que, en la ausencia de naciones beligerantes, el género humano

echa mano a las guerras civiles en las que entre 1945 y el 2017 han perecido algo más de veinticinco millones de combatientes<sup>23</sup>.

Aparte de notar la simpática arrogancia intelectual necesaria para aleccionar en esta forma a monarcas y emperadores, es importante reiterar que estos bien intencionados estudiosos compartían la determinación de sobrepasar la autoridad y soberanía de todos los Estados mediante la creación de un mayúsculo imperio mundial, presumiblemente dirigido por expertos burócratas que, de uno u otro modo, asumirían la responsabilidad de fundar tribunales internacionales de justicia, realizar arbitrajes obligatorios, abolir fuerzas armadas y administrar otras reformas necesarias para lograr la paz perpetua<sup>24</sup>. La envergadura del proyecto hacía inevitable un minúsculo interés por el aporte que podrían haber hecho las naciones, cuya futura existencia entonces apenas se vislumbraba. En el gran escenario europeo del siglo de las luces, la preeminencia de

<sup>20</sup> Jean-Jacques Rousseau, *A Lasting Peace Through the Federation of Europe and the State of War*, 1756, trad. C.E. Vaughan, Londres, 1917.

<sup>21</sup> *Jeremy Bentham's Plan for an Universal and Perpetual Peace*, Introduction, C.J. Colombos, Londres, 1927.

<sup>22</sup> Immanuel Kant, *Idea for a Universal History with a Cosmopolitan Purpose*, 1784; *Political Writings*, ed., H. Reiss, Cambridge, 1991.

<sup>23</sup> David Armitage, *Civil Wars. A History in Ideas*, Nueva York, 2017, pp. 4–11; 154–155; 197–198.

<sup>24</sup> La idea original de Saint-Pierre incluía una confederación mundial que fue descartada por estimar insuperables las dificultades para su realización, pero el entusiasta abate no abandonó la proyección global de su plan y estipuló específicamente que la confederación europea apoyaría la creación de una organización similar para el continente asiático.

los imperios ilustrados no dejaba espacio para ducados, palatinados, principados y otros estados más o menos independientes, que en esa fecha no ofrecían asidero para especulaciones acerca de posible futura prosperidad e importancia, una vez logrado el rango de nación soberana.

Este proyecto reflejaba, además, la influencia omnipresente de la antigüedad clásica, cuya dimensión política fue tanto o más importante que la que tan visiblemente dejó elegantes huellas en las artes visuales. La admiración por el legado político no tuvo un carácter general, pero se inclinó decididamente en la dirección de la Roma imperial de los Antoninos, cuyas virtudes cívicas, reales o imaginarias, ocuparon un sitio de preferencia en el canon del neo-clasicismo europeo, a buena distancia de la democracia ateniense elogiada en el discurso fúnebre de Pericles<sup>25</sup>. Este parentesco del imperialismo con las virtudes cí-

vicas tuvo una aceptación calurosa en la Europa del siglo XVIII, tanto por la *intelligentsia* como por las cortes despóticas que vieron en esta interpretación del neo-clasicismo la confirmación de la legitimidad imperial de la Ilustración<sup>26</sup>.

Considerado desde el punto de vista de la *intelligentsia* internacionalista, el siglo de las luces estuvo ensombrecido por décadas de guerra que culminaron con el catastrófico epítome napoleónico de los despotismos ilustrados. Nada de esto ofreció buenas esperanzas para los internacionalismos benévolos, pero el XIX, el siglo de los imperios, no mejoró la situación, porque fue entonces que las naciones modernas emergentes abandonaron su relativa invisibilidad, demandando a sangre y fuego no solo su independencia y soberanía, sino también las unificaciones y redistribuciones territoriales correspondientes. Con la sola excepción de Australia, cuyos Estados se unieron y completaron su independencia en 1901, sin desórdenes o violencia, ninguna unificación territorial o emancipación nacional decimonónica se logró sin guerras, algunas extraordinariamente sangrientas, como lo

<sup>25</sup> Influencia descrita magistralmente por Philip Ayres en *Classical Culture and the Idea of Rome in Eighteenth Century England*, Cambridge, 1997. La interpretación positiva de los «buenos» emperadores Antoninos – Nerva, Trajano, Adriano, Antonio Pío y Marco Aurelio – se originó con Maquiavelo en el capítulo X del primer libro de los *Discursos* y fue más tarde usada por Edward Gibbon para iniciar su *Decline and Fall of the Roman Empire*, en lo que consideró ser la cúspide de la civilización imperial romana.

<sup>26</sup> Tales como los imperios de Catalina la Grande, de Rusia; Carlos III, de España; María Teresa, de Austria; Federico el Grande, de Prusia; Gustavo III, de Suecia; Luis XVI, de Francia, y las otras testas coronadas de mediana envergadura política, pero similares entusiasmos clásicos.

fueron las de las unificaciones de Italia y Alemania, y la de secesión en los Estados Unidos<sup>27</sup>. Conflictos de esta envergadura confirmaron paradójicamente el recetario cosmopolita de Kant y sus antecesores, al asociar las gestas emancipadoras con victorias militares que crearon naciones vigorosas inmensamente desinclinadas a abandonar su recién adquirida independencia y soberanía en manos de federaciones, uniones o asociaciones burocráticas supranacionales.

Estos violentos orígenes brillantemente magnificados por la elocuencia artística del movimiento romántico, necesariamente contribuyeron a distanciar los nacionalismos militantes del internacionalismo humanitario, favorecido por gran parte de la *intelligentsia*, cuyas iniciativas prácticas prosperaron a través del siglo con significativos resultados, debidos principalmente a que no vulneraban la soberanía de las nuevas naciones. He ahí, por ejemplo, la Unión Telegráfica Internacional (1865) y la Unión

Postal Universal (1874), amén de fundaciones sociales, religiosas y seculares, como la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA, 1844), la Asociación Cristiana Femenina (YWCA, 1855), los Boy Scouts (1908), la Cruz Roja (1863), el Comité Internacional de la Cruz Roja (1877), el Ejército de Salvación (1878), Caritas (1897), y más cercanas al ideal kantiano, el Instituto de Derecho Internacional (1873) y la Conferencia de la Paz, en La Haya, en 1899, que alcanzó a presumir de Parlamento Universal encargado de crear una Federación Mundial que, con medidas moralmente inmaculadas como arbitrajes, mediaciones y limitaciones de armamentos mutuamente ventajosos, llevarían eventualmente a la abolición de las guerras<sup>28</sup>. Pero la elocuencia abrumadora de los hechos opacó las bien intencionadas resoluciones de los congresales, y apenas semanas después de clausurada la gran Conferencia de Paz, estalló la guerra entre Gran Bretaña y los bóer sudafricanos.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Argüir que el caso australiano afectó a poblaciones que hablaban el mismo idioma, heredaban la misma historia y los mismos antecedentes culturales, y abrazaban mayoritariamente la religión cristiana, acentúa aún más la diferencia con la experiencia de Gran Bretaña y los Estados Unidos, que no obstante condiciones similares, solo lograron consolidar su unidad luego de guerras fratricidas particularmente feroces.

<sup>28</sup> Arthur Eyffinger, *The 1899 Hague Peace Conference: The Parliament of Man, the Federation of the World*, La Haya, 1999.

<sup>29</sup> Una segunda conferencia de paz se reunió en La Haya en 1907 y dejó un legado que hasta el día de hoy sirve a los ideales que la inspiraron, y este es el Palacio de la Paz, de esa ciudad, financiado por el multimillonario Andrew Carnegie y en el cual funciona la Corte Internacional de Justicia, ante la cual no pocas veces distin-

Muchas otras iniciativas enriquecieron el ideario internacional con benéficas realizaciones, pero el aporte supranacionalista más paradójicamente compatible con la abolición de ejércitos y naciones que Kant estimaba condiciones *sine qua non* para establecer la paz perpetua, lo hizo el internacionalismo comunista que, bajo el liderazgo de Carlos Marx y Federico Engels, nació en 1864, abrazando en 1870 el pabellón ensangrentado de los *communards* parisinos y entonando *La Internacional*, cuyo refrán resume sucintamente inspiración, ruta y objetivo, arengando a los creyentes:

*Agrupémonos todos  
en la lucha final  
El género humano  
es la Internacional*<sup>30</sup>

El internacionalismo revolucionario continuó siendo tema obligado de los congresos inten-

cionalmente denominados «Primera Internacional Comunista», en 1864; «Segunda Internacional Comunista», en 1889; «Tercera Internacional Comunista», en 1919, y en 1940, bajo la presidencia truncada de León Trotsky, la «Cuarta Internacional Comunista». El internacionalismo comunista culminó dramáticamente con la organización, en 1936 de las brigadas internacionales que alistaron cerca de treinta y cinco mil voluntarios provenientes de cincuenta y tres países para luchar en la guerra civil española. Stalin aceptó esta divergencia de mala gana, dado su previo golpe de timón nacionalista, en 1924, cuando impuso la política de «socialismo en un solo país», abiertamente opuesta al internacionalismo de la «revolución permanente» que León Trotsky, ya expulsado del Partido Comunista, continuaba agitando desde su exilio en México<sup>31</sup>. El triunfo de Franco

---

guidos colegas del Instituto han actuado profesionalmente. El ensañamiento de la tiranía de los hechos tiene pocas manifestaciones más brutales que la de la inauguración de este gran edificio en agosto de 1913, un año justo antes del estallido de la Gran Guerra. Eyffinger, *Peace Conference*, pp. 444–449.

<sup>30</sup> El *Manifiesto Comunista* no puede ser más claro en esto al afirmar que «los trabajadores no tienen patria». Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, traducción de Mauricio Amster. Editorial Universitaria, Santiago, 1971, pp. 41.

---

<sup>31</sup> La oposición de Stalin al internacionalismo revolucionario se basó en los fracasos durante los años 1919 al 1923, de los levantamientos en Baviera, Hungría, Eslovaquia, el Ruhr y Bulgaria. Sabedores de esta situación, Maurice Thorez, Secretario General del Partido Comunista Francés, y el influyente Willy Münzenberg, del Comintern europeo, viajaron a Moscú a encontrarse con Stalin, esgrimiendo tales argumentos en favor de las brigadas que el líder comunista accedió, a regañadientes, a esta extraordinaria incursión internacional. Hugh Thomas, *The Spanish*

confirmó las dudas de Stalin, quien puso punto final al problema ordenando el asesinato de Trotsky, la disolución del *Comintern* y, atento a la importancia política de los símbolos, degradando *La Internacional* y comisionando la inmediata creación de un nuevo himno soviético adornado musicalmente con la ayuda de Shostakovich y Prokofiev, y con letra que, luego de ser depurada por Molotov y Voroshilov, de toda alusión a revoluciones internacionales, reflejaba correctamente la transformación de la unión en un nuevo gran imperio moscovita.

Hacia 1924, la Gran Guerra ya había destruido cuatro imperios y Woodrow Wilson había abierto la puerta a las emancipaciones nacionalistas, canonizando la autodeterminación de los pueblos con sus Catorce Puntos<sup>32</sup>. El resultante

contraste conceptual ha resultado decidor entre los émulos de modelos imperiales obsoletos y los constructores de las naciones modernas que surgieron en la secuela de las dos grandes guerras, con la desintegración de los imperios de Francia, Gran Bretaña, Holanda, España y Portugal, que legaron docenas de vástagos ansiosos por ingresar al exclusivo ámbito de las naciones independientes y soberanas. Todo hacía suponer que presenciábamos el fin de los regímenes imperiales, pero la historia tiene tanto sentido del humor como los imperios ecos duraderos. Nadie hubiera imaginado que los afanes imperiales de los Antoninos iban a encontrar discípulos en la Inglaterra de la Revolución Industrial y menos aún que el *detritus* de las cortes dinásticas de Viena, San Petersburgo, Estambul y Berlín, iba a inspirar imitadores en Moscú, Belgrado, Ginebra, Nueva York y Bruselas<sup>33</sup>. Pero esto es lo que ha ocurrido y seis nuevas iniciativas supranacionales han surgido en nuestro momento histórico, bajo las eufemísticas denominaciones de Liga de las Naciones, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas,

---

*Civil War*, 3a edición aumentada, Londres, 1977, pp. 452–453; Allan Bullock, *Hitler and Stalin. Parallel Lives*, Nueva York, 1993, pp. 532–533; Claudio Véliz, «The True Genesis of Amnesty International», *Quadrant*, Mayo, 2007, pp. 17–19; versión castellana, «El verdadero origen de Amnistía Internacional», *Estudios Públicos*, No 108, Primavera, 2007, pp. 48–51.

<sup>32</sup> Los Catorce Puntos fueron presentados por el Presidente Woodrow Wilson ante el Congreso de los Estados Unidos el dieciocho de enero de 1918, durante el debate acerca de los objetivos de la participación estadounidense en la guerra e incluían alentar el libre comercio, la democracia, la autodeterminación de los pueblos y

la prohibición de la diplomacia secreta preferida por los regímenes europeos.

<sup>33</sup> Más pintoresco aún es que las únicas tres naciones modernas que han inaugurado nuevos regímenes dinásticos son Corea del Norte, que ya lleva tres generaciones; Siria, solo dos, y Cuba, de un hermano al otro.

República Socialista Federal de Yugoslavia, Organización de las Naciones Unidas, Unión Europea y el recientemente proclamado Estado –¿califato?– Islámico de Irak y el Levante<sup>34</sup>.

No hay muchos lugares comunes en política internacional, pero uno que se niega a desaparecer atribuye una derivación kantiana intelectual y espiritual a la Liga de las Naciones residente en Ginebra, y a su sucesora, residente en Nueva York<sup>35</sup>. Ambas creadas para poner fin a las guerras; ambas víctimas de la devastadora elocuencia de los hechos que tan flaco favor le hiciera antes a las decisiones de la Conferencia de Paz de 1899. No requiere mucho estudio para apreciar que cuando Polonia fue violentamente repartida entre Alemania y la Unión Soviética, en 1939, la Liga de las Naciones ya estaba moribunda, habiendo dejado su escasa autoridad enterrada en Manchuria, España y Abisinia. Algo muy similar ha ocurrido con su sucesora, cuyas voluminosas

sanciones y admoniciones han sido atenuadas o sobrepasadas no solamente por la avalancha de conflictos bélicos que han ensangrentado el medio siglo desde que se fundó nuestro Instituto, sino también por la bancarrota de autoridad política y moral, reflejada despiadadamente en la multiplicación de entidades de altísimo nivel, que han surgido precisamente para realizar tareas que la organización mundial ha dejado inconclusas. Algo así como las animas que bordean los caminos de Chile, estas crípticas denominaciones, G-5, G-7, G-8, G-14 y G-20, son originalísimos monumentos a la extraordinaria sucesión de responsabilidades difuntas de las Naciones Unidas, que grupos de naciones impacientes con la ineficiencia y prevaricación que afligen a la organización mundial, han intentado resucitar<sup>36</sup>. Indudablemente, tanto la Liga como las Naciones Unidas iniciaron actividades positivas en áreas de la salud, el comercio, la ciencia y la cultura, así como importantes tareas humanitarias, distribuyendo medicinas y alimentos, y socorriendo inmigrantes y víctimas

<sup>34</sup> Agregar la Organización del Tratado del Atlántico Norte, sería ignorar la invasión de Chipre, en 1974, con Turquía y Grecia –miembros de la OTAN– y, peor, la comprensible objeción de Kant por ser esta una organización esencialmente militar.

<sup>35</sup> Ver especialmente las observaciones de Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992, pp. 281–283.

<sup>36</sup> Gastos escandalosos, parcialidad política y corruptelas, movieron a Gran Bretaña, Singapur y Estados Unidos a retirarse de UNESCO entre 1983 y 2001. Estos problemas no han desaparecido y Estados Unidos rehúsa ocupar su asiento en el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, objetando la persistente politización de la entidad.

de desastres naturales, pero la *raison d'être* de estas dos instituciones fue la limitación de armamentos y la abolición de la guerra, tareas que siguen abrumadas por la tiranía de los hechos.

Nada remotamente kantiano adornó el nacimiento y el deceso de los supranacionalismos imperiales ruso y yugoslavo. La disolución de la Unión Soviética liberó a las naciones federadas y catorce de ellas abrazaron con entusiasmo su independencia y soberanía, e ingresaron a la Organización de las Naciones Unidas. Algo similar ocurrió con el pequeño imperio del Mariscal Tito, cuyas diversas nacionalidades lamentablemente desbordaron los cauces, buscando ratificar en cruentas guerras, antiguas y nuevas fronteras e intolerancias. En cuanto a la precaria circunstancia actual de la Unión Europea y a sabiendas de que es tan imposible predecir el futuro como abandonar la tentativa, es prudente apelar a la historia, la mejor y más accesible fuente que tenemos acerca de la condición humana. Lo ocurrido en los últimos trescientos cincuenta años indica que las asociaciones comerciales y culturales son generalmente indoloras, pero aquellas que de uno u otro modo tienden a vulnerar la soberanía de las naciones participantes, invariablemente terminan cobrando un elevado precio en sangre. La idea original de Robert Schuman de hermanar carbón y acero para

asegurar la paz de Europa ha evolucionado y adquirido un carácter burocrático supranacional, que procede gradualmente cercenando la soberanía e independencia de las naciones participantes, e imponiendo severas medidas económicas que afectan particularmente a las más débiles: una Grecia independiente resolvería sus angustias financieras con una devaluación que la disciplina del Euro no le permite efectuar. Además de aquellos causados por la unión monetaria, por lo menos dos macizos problemas amenazan quebrar la solidaridad de la Unión y posiblemente provocar otras deserciones como la del Reino Unido: las presiones que la inmigración masiva continúa ejerciendo sobre las fronteras abiertas impuestas por el Acuerdo de Schengen y la proyectada homogeneización impositiva que arriesga vulnerar irremediabilmente la soberanía de las naciones participantes<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> Barreras limitando el libre acceso en desafío al Acuerdo de Schengen han sido levantadas por Eslovenia, Croacia, Serbia, Hungría, Grecia, Bulgaria y Rumania. Austria ha desplegado unidades militares para impedir el libre acceso a su territorio, mientras que Turquía ha acordado cerrar el paso de los inmigrantes hacia Europa a cambio de una generosa subvención de la Unión Europea y concesiones de visado para ciudadanos turcos. El Presidente de Francia, M. Macron, ha hecho suyo el proyecto de homogeneización de impuestos denominado por Bruselas *Common Consolidated*

Buen momento para recordar que la diversidad cultural definitiva de los regímenes imperiales de antaño requería la necesaria participación de pueblos o naciones obedientes. Los refinados y cívicamente virtuosos Antoninos contaban con la asistencia de naciones conquistadas y muchos miles de prisioneros de guerra esclavizados; los emperadores mughales de la India prosperaron y dominaron el subcontinente con la ayuda de castas de intocables, sumisas y laboriosas; los sultanes otomanos, con la de numerosos eunucos y esclavos cristianos; los imperios europeos de ultramar, con la obediencia de los gobernantes de colonias exóticas; la Unión Soviética, con la cooperación incondicional de sus naciones federadas. En el diseño burocrático de una Europa sin fronteras y signo monetario compartido, es imperativo que Portugal, España, Italia y Grecia obedezcan las instrucciones emitidas no por Lisboa, Madrid, Roma y Atenas, sino por Bruselas.

---

*Corporate Tax Base*, (CCCTB), que, haciendo caso omiso de las diferencias, por ejemplo, entre las economías de Grecia y Alemania, sometería ambas al mismo régimen legal impositivo, interviniendo en una materia que, conviene recordar, motivó la independencia de las colonias americanas que marcharon bajo el lema de *no taxation without representation*.

Docilidades como esta no presentaron mayores dificultades durante el auge de los imperios, pero en nuestro tiempo chocan en forma inquietante con la vigorosa eclosión nacionalista dominante que, con seguridad, continuará teniendo ecos al interior de la Unión, especialmente a la luz del retiro del Reino Unido. La Unión Europea y el califato islámico de Irak y el Levante, representan los extremos de los estertores agónicos de políticas imperiales incompatibles con los nacionalismos de nuestro siglo. La disolución de la vetusta Unión Europea seguramente será lenta y acompasada, *not with a bang but a whimper*, mientras que la inevitable derrota final del califato será característicamente bulliciosa y sanguinaria.

Es muy posible que lo que ambas dejarán tras de sí en el escenario mundial se aproximará a lo que Charles De Gaulle tuvo en mente cuando, en 1958, desde la presidencia, rechazó las intervenciones supranacionales que amenazaban vulnerar la soberanía de Francia abogando, por el contrario, a favor de una Europa de naciones independientes, con soberanías a salvo de innecesarias intrusiones foráneas.

El curso de los actuales eventos sugiere un cacofónico desorden de naciones libres, ansiosas por adelantar sus intereses mediante múltiples asociaciones, divorcios, reconsideraciones y alineamientos

limitados, pragmática y obligatoriamente, por el mutuo respeto por las soberanías involucradas. Este nuevo mundo, en cuya formación participan nuestro Instituto, nuestra Universidad y nuestra nación, ya está dejando atrás las rígidas ortodoxias polares, bipolares y hegemónicas del crepúsculo de los imperios, presentándonos con la magnífica tarea intelectual de comprender, interpretar y perfeccionar las robustas circunstancias que nos está revelando la luz de la alborada de las naciones.